



OVERWATCH®  
DEADLOCK  
REBELS



CAPÍTULO 1

BY LINDSAY ELY



# CAPÍTULO

# 1

Lo curioso de los problemas era que, una vez metida, resultaba difícil salir de ellos. Podría tratar de evitarlos, huir, o incluso luchar en su contra; lo cual, en el caso de los hermanos Bonney, era exactamente lo que Ashe había hecho; pero, aun así, los conflictos aparecían en su camino.

—Ni siquiera sé qué decir, Elizabeth. —Había migajas en el bigote del comisario Carson. Eran solo unas pocas, pero las suficientes como para captar su mirada; los residuos del desayuno del sujeto representaban una distracción—. ¿Cuándo será la última vez que te vea por aquí?

—Ya se lo dije... —Ashe apretó los dientes mientras sus dedos se aferraban a su falda de seda. Hace unas horas lucía impecable. Ahora estaba arrugada y con manchas de sangre. No de ella, desde luego—. Fue en defensa propia. *Ellos me* atacaron.

El comisario suspiró; en el proceso, algunas de las migajas se desprendieron y cayeron justo en la pantalla que mostraba el registro de Ashe.

—Eso no es lo que dicen esos muchachos.

—Bueno —lo miró a los ojos—, entonces son unos mentirosos; además de bravucones.

Pero el comisario no le creyó. Lo pudo notar en su rostro; era tan evidente como las migajas. No es que la desconfianza en su inocencia fuera algo inesperado.

La única sorpresa fue lo rápido que ese día había pasado de ir mal en peor.

Y había comenzado tan bien.

Por primera vez, Ashe había despertado al amanecer, llena de energía y entusiasmo. La mayoría de los días comenzaban cuando B.O.B., el mayordomo robot, estiraba las mantas que la cubrían cinco minutos antes de que tuviera que salir. B.O.B., un ómnico avanzado con conciencia propia, había estado junto a Ashe desde que ella podía recordar, y actuaba como su acompañante y guardaespaldas. Además, se aseguraba de que ella se levantara para ir a la escuela por las mañanas. Sin embargo, hoy no había necesitado la ayuda de B.O.B.

Porque era una ocasión especial. Hoy era el día de la graduación. Eso no solo significaba que jamás tendría que volver a poner un pie en los sofocantes pasillos de esa tediosa academia, sino que además podría ver la expresión en la cara de comadreja del director Wallach cuando le entregara el diploma que él pensó que ella nunca conseguiría.

Era la misma expresión que esperaba ver en el rostro de sus padres al momento de recorrer el escenario.

Ashe se bañó, se vistió y cepilló su níveo cabello hasta que resplandeció. Después, bajó los escalones de la mansión Lead Rose, el hogar ancestral de la familia, de dos en dos y llegó al comedor formal, donde sus padres acostumbraban desayunar.

Pero al llegar, vio el lugar vacío. Sin tazas de café humeantes, ni holovideos con informes financieros y cifras de ventas interminables, ni sus padres.

Lo único que encontró fue un florero con rosas completamente blancas sobre la mesa de caoba y una tarjeta apoyada en el recipiente.

“¡Felicidades, Elizabeth! ¡Estamos muy orgullosos de ti!”.

A pesar de esas cálidas palabras, Ashe se puso fría mientras las leía; el color en la habitación se desvaneció hasta quedar del mismo tono que las rosas.

“Sabemos que te prometimos acompañarte hoy; pero una interesante fusión empresarial requiere nuestra presencia de último minuto. Sin embargo, estamos muy orgullosos de ti y esperamos que consideres esto como un nuevo comienzo, una oportunidad para dejar atrás los tropiezos y problemas del pasado y, por fin, aceptar nuestro legado familiar”.

Ni siquiera se habían tomado el tiempo para firmar la tarjeta. Ashe frunció el ceño. *Estamos muy orgullosos de ti...*

Parecía una broma. Una de las malas. Si se sentían tan orgullosos, ¿por qué no estaban ahí? ¿Por qué la habían dejado sola *de nuevo*?

*Legado familiar.* Qué ridiculez. Al otro lado de la habitación, el retrato de su trastatarabuela Caledonia la miraba de forma inexpresiva. Caledonia había sido la fundadora de Arbalest Arms Company, quien había establecido las bases del principal distribuidor de armas de alta tecnología que era en la actualidad. No como los padres de Ashe, que preferían codearse y buscar tratos con los ejecutivos de las corporaciones más poderosas, como Helix, Vishkar, Hyde Global y las demás, para negociar con una reputación cuyo éxito poco tenía que ver con ellos.

De hecho, habían tenido suerte. Arbalest había conseguido buenos negocios durante años como fabricantes de rifles de lujo costosos y completamente personalizados. Pero luego se desató la Crisis Ómnica y los militares centraron su atención en ellos. El rifle AA92 de Arbalest se convirtió en el arma de uso común para el ejército debido a su capacidad superior y alta velocidad de salida. Con ese contrato, se disparó la demanda de su exclusiva marca de rifles. La guerra era favorable para los negocios.

En especial si ocurría en lugares remotos.

Claro, las ciudades más grandes habían recibido el impacto del conflicto bélico, pero la comunidad de Bellerae, sitio donde vivían y sede de Arbalest, estaba apartada. Antes de la crisis, no habían tenido más de una decena de ómnicos de quienes hablar. En general, habían permanecido indemnes durante la guerra, período en el cual las fábricas de la compañía mantuvieron una producción fluida.

Pero ahora la crisis había llegado a su fin, gracias a Overwatch. La demanda de las armas disminuyó y cerraron una fábrica de Arbalest en Bellerae. Los padres de Ashe estaban más interesados en conseguir y llevar a cabo tratos comerciales a miles de kilómetros que en la comunidad que su empresa había impulsado durante generaciones. ¿Qué clase de legado era ese?

Debajo del retrato estaba montado el rifle Viper, la reliquia familiar que había sido una de las primeras creaciones de Arbalest y el arma que había colocado a la compañía en el negocio del armamento. Con más de un siglo de antigüedad, el arma aún se veía como nueva y recién calibrada. Innovación. Calidad. Ese era el legado por el que Caledonia luchó, jamás dejó que Arbalest se rezagara; contrataba a las mentes más destacadas que pudo encontrar y siempre hizo que sus trabajadores se sintieran valorados, los trató más como a una familia que como empleados. Pero eso no significaba que fuera manipulable. La gente afirmaba que ella hacía que sus empleados la llamaran Srta. Ashe, sin importar cuánto tiempo tenían de conocerla. Tal vez era

una forma de mostrar respeto. O quizá solo no le agradaba el nombre de Caledonia, así como a Ashe no le gustaba el de Elizabeth, pues también prefería que la llamaran por su apellido.

Ashe volteó al escuchar unas pisadas toscas que se acercaban. En la entrada del comedor se encontraba B.O.B., tenía una bandeja en perfecto equilibrio entre sus enormes manos metálicas. Portaba el desayuno favorito de la joven: waffles bañados con miel y una porción grande de tocino *muy, muy* crujiente.

Una sensación de acidez subió por su garganta.

—¿Te parece que tengo hambre? —le preguntó con tono brusco.

El ómnico solo parpadeó y dejó la bandeja sobre la mesa. Ashe sintió una punzada de culpa al instante. B.O.B. no había hecho nada malo. A decir verdad, él representaba lo único confiable en su vida. Excepto, claro, durante la guerra, cuando no había estado presente. Al igual que todos los ómnicos, él había desaparecido durante la Crisis Ómnica. Pasaron los años y Ashe pensó que no volvería a ver a su mayordomo. Se había sorprendido al descubrir lo mucho que extrañaba al ómnico cuando se marchó. Después, tras el fin de la guerra, él regresó a Lead Rose, con una conciencia propia y... diferente en una manera que Ashe no había terminado de entender. Pero seguía siendo el acompañante que ella recordaba. Y desde entonces él había permanecido a su lado.

A diferencia de sus padres.

—Al menos podrían haberse despedido. —Su voz se quebró en la última palabra y entonces se puso tensa; estaba tan irritada consigo misma como con ellos. Esa no era la primera vez que sus padres la dejaban sola con apenas un aviso y, sin duda, no sería la última. Hasta donde recordaba, solo existía una inmensa soledad que resonaba en la propiedad, en especial durante los años de ausencia de B.O.B.; o el velo de tensión causado por la desaprobación de sus padres por cualquier lío en el que estuviera metida.

Torció la tarjeta entre sus manos. Entonces, ¿por qué estaba tan furiosa?

Porque se suponía que hoy sería diferente. Parecía que su graduación de verdad significaba algo para ellos. Tal vez solo querían demostrar ante el público que su hija era algo más que una alborotadora. Algo más que una chica a la que habían atrapado tratando de convencer al hacker de su academia para que cambiara todas sus notas a excelente, o que había hecho que cerraran la escuela para descontaminarla luego de mostrar sus habilidades con la honda en el laboratorio de ciencias. O quizá, como Ashe esperaba, era una razón para que por fin creyeran que ella era capaz de hacer algo bien. Ella había jurado que se graduaría. Y ellos habían prometido que estarían ahí.

Con ingenuidad, Ashe les había creído.

Sobre la mesa, las rosas atraparon un rayo de sol matutino que las iluminaba como si fueran su objetivo bajo la mira. Eso era lo que quería hacer con el gesto de paz de sus padres en ese momento: apuntar hacia el regalo y ver cómo estallaba en una lluvia de pétalos y cristal. Podría haberlo hecho si Viper estuviera cargado.

En cambio, Ashe dejó la tarjeta en el marco de la chimenea y avanzó hacia la sala precipitadamente. Cuando pasó al lado de B.O.B., él extendió un brazo y la detuvo.

Ashe suspiró.

—No te preocupes, ¡de todas formas iré a esa estúpida ceremonia!

B.O.B. ladeó la cabeza.

—No, no vayas por el auto. Prefiero caminar... sola.

El ómnico levantó la mano en señal de advertencia.

—Ya sé, ya sé. Eso no está permitido. —Pero Ashe no estaba interesada en seguir las reglas en este momento—. Antes de que nos vayamos, ¿puedes buscar mi brazalete de oro? Ya sabes, el que mis padres me enviaron en mi cumpleaños pasado. Olvidé ponérmelo.

B.O.B. se dio la vuelta obedientemente y subió las escaleras. El mayordomo la escoltaba hasta la escuela todos los días. Pero por ahora, Ashe no estaba de humor para tener compañía. Y para eso distraería a B.O.B. con una mentira piadosa. Para cuando él se dio cuenta de que el brazalete no estaba en ninguna parte de su habitación (la madre de Ashe lo había tomado prestado hace meses y nunca se lo había devuelto), la

joven ya se había ido.

Ashe siguió el camino hacia la ciudad que iba a lo largo del río. Como lo esperaba, el lugar estaba desierto, excepto por algunos patos y algún que otro dron de vigilancia policial. Pero a pesar de la tranquila soledad, su mal humor persistió. Y no era como si pudiera llamarle a un amigo para compartir su pesar. Su condición como hija de la poderosa familia Ashe había mantenido a sus compañeros a distancia durante la mayor parte de su vida. Y más en fechas recientes, pues el cierre de una planta de Arbalest dio como resultado que varias de sus familias perdieran su empleo. En algunos casos, la evasión casual dio lugar a la aversión activa, lo que generó más riñas en el patio de la escuela de las que podía recordar. Así que esperaba con ansias la ceremonia de graduación y, por consiguiente, su escape de la academia.

Sin embargo, debajo de las ramas decorativas de los árboles terraformados que se extendían por la orilla del agua, pudo respirar con un poco más de calma. Podía olvidar, por un instante, la asfixiante soledad de la mansión y fingir que estaba en otro lugar, o que era otra persona completamente diferente.

—Vaya, vaya. ¿Qué clase de ave madrugadora es esta?

—Ashe se detuvo; su calma se esfumó de inmediato. Se dio la vuelta, sabiendo con anticipación quiénes seguían sus pasos: Jodie y Jimmy Bonney. Cursaban el grado anterior al de ella en la academia; no había nadie en Belleræ que odiara más a Ashe y a su familia que ese par. Sus padres habían trabajado en Arbalest durante décadas, solo para ser despedidos sin miramientos tras el cierre de la planta.

—Mira, Jodie. —Jimmy rio entre dientes—. Creo que se trata del raro pavo real de ojos escarlata. Qué extraño, esta ave suele estar acompañada por un enorme y torpe mayordomo robótico.

Genial. Este par de tontos era lo último que necesitaba.

—Lárguense, chicos. Ahora no estoy de humor.

—No seas tan cortante —contestó Jodie al tiempo que compartía una sonrisa maliciosa con su hermano que a Ashe no le agradó. Ellos eran menores que ella, pero también mucho más corpulentos—. Después de todo, hoy es tu graduación, ¿no? ¡Felicidades! Pero dínos la verdad: ¿Cuánto donaron tus padres para lograr eso?

Ashe enfureció, pero mantuvo su mirada fría.

—No lo sé. Seguramente muchísimo menos de lo que se necesitaría para que el director Wallach aprobara a un par como ustedes que solo se rascan la cabeza y se comen el pegamento.

La expresión de los Bonney se oscureció al unísono.

—Te crees muy lista. —Se burló Jimmy—. El hecho de que tengas una fortuna no significa que puedes menospreciarnos.

La sangre de Ashe subía de temperatura; la adrenalina iba en aumento.

—Ay, chicos —les dedicó una sonrisa burlona y paciente—, podría tener solo un puñado de tierra y aun así podría seguir hablando así de *ustedes*.

Aunque no debió haber dicho eso, no había podido contenerse. Su frustración estaba al máximo, y si los Bonney eran tan tontos como para entrometerse en su camino, así sería.

Jodie habló con un tono mordaz.

—Un puñado de tierra, ¿no? —Se agachó y recogió un montón de tierra del suelo—. Podríamos darte un poco de eso, ¿verdad, Jimmy? Es hora de hacer que este pavo real se vea menos lindo para su fiesta. Ashe se enderezó, manteniendo su sonrisa. ¿Dos contra una? No era la peor desventaja que había tenido. Jimmy se lanzó hacia adelante e intentó sujetarla, pero era lento en más de un sentido. Ashe saltó fuera de su alcance y lo pateó de paso. Jimmy soltó un grito cuando recibió el impacto en su espinilla, lo que lo dejó tumbado en la hierba.

Una mano sujetó con fuerza el antebrazo de la joven. Jodie, quien era más veloz que su hermano, la acercó con fuerza y trató de someterla con un abrazo de oso. Pero ella se dejó caer en el último momento y le hundió un hombro en el estómago. Él dio un grito ahogado y se tambaleó hacia atrás, habiéndose quedado sin aliento. Cerca de ellos, Jimmy se puso de pie; su rostro estaba enrojecido por la humillación.

—¿Ya terminaron? —Ashe escupió—. No tengo todo el día, ¿saben?

Con un rugido, Jimmy avanzó de nuevo y lanzó puñetazos. Ella esquivó un golpe, luego otro; eran ataques frenéticos que le habrían dado una buena sacudida si hubiesen conectado. Pero Ashe sabía cómo eludir los puñetazos. Y también cómo lanzarlos. Esperó una oportunidad y...

Le clavó el puño directo en la boca. Jimmy cayó de rodillas; la sangre brotaba por sus labios.

—Eres una... —Jodie fue quien habló; sus palabras eran graves y heladas—. Ahora te dejaremos *mucho* menos bonita.

De pronto, algo plateado brilló en su mano.

Un cuchillo.

Nerviosa, Ashe dio un paso hacia atrás. Tal vez había sido un error provocar a los chicos de esa forma. Las peleas eran una cosa, pero eso ya era diferente.

Pero Jodie no dio tiempo para reducir la tensión ni razonar. Se abalanzó con una mirada que irradiaba furia. Ella lo esquivó haciéndose a un lado y lo tomó de la muñeca que sostenía el arma a la vez que levantaba un codo, que se estrelló contra la nariz del atacante con un crujido satisfactorio. Cuando Jodie se unió a su hermano en el suelo, el cuchillo se deslizó entre sus dedos. Ashe lo recogió y lo blandió mientras se alejaba del par.

Fue entonces cuando las sirenas comenzaron a sonar. Un par de motos flotantes de la policía de Bellerae apareció con las torretas encendidas. Cuando se dio cuenta de que uno de los drones policiales que pasó por el lugar debió captar la riña, Ashe se dio la vuelta, pero un tercer agente de la policía ya estaba detrás de ella.

—¡No te muevas! —El oficial bajó del vehículo y apuntó el rifle hacia ella.

Ashe maldijo y soltó el cuchillo. Ahí había quedado su plan de asistir a la graduación.

—Mis oficiales te encontraron empuñando un arma —afirmó el comisario Carson mientras fruncía el ceño—, y vieron a ese par de muchachos sangrando y jurando que los atacaste.

—Sé lo que parece. —Ashe casi suavizó sus palabras, sonreía con tanta inocencia como pudo. No era fácil, no mientras pensaba en estrangular a los Bonney por sus mentiras—. Si me permite...

—¡Ya basta! —El comisario golpeó el escritorio con su puño—. Siempre tienes una excusa, Elizabeth. Crees que puedes hacer lo que te plazca y luego usar tu apellido como escudo.

Ashe se burló.

—Eso no es cie...

—Bueno, esta vez no será así —escupió—. ¡De pie!

—¿Qué?

La sujetó de un brazo y la levantó.

—¡Oiga!

—Tal vez con algo de tiempo para reflexionar podrías aprender algo de humildad. —El comisario la sacó de la oficina y la arrastró por el pasillo hasta una parte de la estación, llena de moho y con poca luz, que nunca había visto.

Las celdas de la cárcel.

—Ay, por favor, comisario —suplicó Ashe—. Esto es totalmente innecesario. Llame a B.O.B., llegará en un instante...

—Ah, lo sé. —El comisario Carson abrió una de las celdas y empujó a la joven mientras una leve sonrisa de satisfacción se formaba en un lado de su boca—. Ahí viene el dinero de tus padres al rescate *otra* vez, y nadie dirá nada porque ellos son los dueños de la mitad de la ciudad. Bueno, esta vez no tengo prisa. Y eres menor de edad, lo que significa que no puedes pagar tu propia fianza. Así que haré esa llamada... cuando llegue el momento. Pero no será sino hasta que por fin conozcas el interior de una celda.

Cerró la puerta de golpe.

—Espere, por favor. —Sin éxito, Ashe intentó mantener la calma mientras él se alejaba—. Maldita sea.

¡Comisario, vuelva aquí!

Pero él la ignoró. El ánimo de Ashe se apagó cuando él desapareció y se quedó aferrada a los barrotes de la celda. El comisario no la iba a escuchar. Él *nunca* la escuchaba. Tal como lo hacían los demás en este miserable lugar, incluidos sus padres, él ya había decidido quién era Ashe... quién iba a ser por siempre. Una heredera caprichosa. Una buscapleitos. Una amenaza para su orgullo.

Y no importaba si ella pensaba diferente.

—Eh... —Escuchó una voz detrás de ella—. Tienes muchas agallas para ser una niña rica.

Ella giró hacia aquel sonido.

—¿*Disculpa?*

A una celda de distancia, una figura larguirucha estaba reclinada con los pies sobre la banca fija a la pared; un sombrero cubría su rostro.

—Una *niña rica*. Con ese atuendo ostentoso, no lo dudo. Su voz era profunda y tranquila.

—No te metas donde no te llaman.

Él rio con disimulo.

—¿Por qué querías conocer el interior de una celda?

Ashe entrecerró los ojos.

—No *quería* conocer ningún maldito lugar. Yo no debería estar aquí.

Entonces el sombrero se levantó, revelando a un joven con una sonrisa engreída y unos penetrantes ojos castaños, uno de los cuales estaba hinchado y tenía moretones.

—Qué curioso. Yo tampoco.

—Ah, ¿en serio? —Ashe se burló—. Ese ojo morado indica lo contrario.

—¿Este? —El joven se sentó y apuntó hacia su magulladura—. Un amigo tuvo un pequeño... malentendido con otro granjero. Así que intervine para resolverlo.

—Es evidente que nadie más te acompaña.

Se encogió de hombros.

—Él ya tuvo demasiados roces con la ley.

El enojo de la joven se convirtió en asombro.

—¿Tú... recibiste una paliza y te arrestaron en su lugar? Eso suena demasiado generoso. Y más que absurdo.

—Como te dije, Julian es mi amigo. Y esos no me sobran. —El joven se puso de pie estirándose de forma lenta y vigorosa—. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué terminaste en este lugar?

—Es la misma historia —respondió Ashe con cuidado, examinándolo de nuevo. No parecía mayor que ella; tal vez era más joven, aunque tenía un aire que le indicaba que ya había visto más de lo que le correspondía—. Un malentendido.

—Entonces supongo que tenemos algo en común —se acercó a la fila de barrotes que separaban sus celdas y estiró su mano entre ellas—, ¿señorita...?

Ella dudó, pero solo por un momento. Lo curioso de los problemas era que, una vez que te familiarizas con ellos, resultaba fácil detectarlos. Y al lado de los hermanos Bonney, este muchacho parecía un cachorro amigable.

Ella alcanzó su mano y la estrechó.

—Llámame Ashe. ¿Y tú eres...?

—Mi nombre es Jesse. —Su sonrisa se ensanchó aún más—. Jesse McCree.



